

Crisis y comercio internacional. ¿Aquí no ha pasado nada?

Ricardo García Zaldívar

Doctor en economía y Presidente de Attac España

En los años 50 y 60, tras el triunfo del liberalismo sobre el fascismo, volvió a desarrollarse en los países ricos un capitalismo industrial focalizado en incrementar la producción de bienes y servicios como forma de acumular capital y riqueza. Aunque forzado, el sistema económico aceptó en Europa el *gran pacto socialdemócrata*, basado en un relativo reparto de rentas a través de la búsqueda del pleno empleo, con unos salarios dignos y unos servicios públicos progresivamente universales (educación, sanidad, pensiones...). Muchos países de lo que entonces se llamaba Tercer Mundo creyeron que podrían imitar y alcanzar ese modelo europeo si intensificaban su crecimiento económico. Pero a partir de los años 70 este capitalismo productivo fue progresivamente sustituido por un capitalismo cada vez más especulativo, hasta convertirse, ya en el siglo XXI, en la gigantesca *economía casino* que acabó provocando el gran crack financiero de 2008.

El neoliberalismo fue la ideología que permitió a este capitalismo sustituir el “mito del crecimiento para todos” por la “fe en los mercados” como mecanismo para permitir a unos cuantos países, los llamados emergentes, destacarse de los demás y gracias a la búsqueda de competitividad de

sus producciones, acercarse al club de los ricos y desarrollados. Hasta que el sistema económico centrado en Wall Street colapsó en 2008, la globalización de la economía y las finanzas señalaba el camino que debían seguir todos los países si querían resolver sus problemas de pobreza, hambre, miseria y desempleo generalizados. Las políticas a aplicar eran las que el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio recomendaban... o imponían como ajuste estructural al menor atisbo de crisis financiera en la que constantemente caían los países pobres. Uno de los pilares de tales políticas era la liberalización del comercio internacional.

Esta nefasta mutación del sistema económico en los países centrales en un capitalismo que no produce, que no distribuye bienes o servicios, que no crea puestos de trabajo en condiciones dignas, que no contribuye fiscalmente a las haciendas de los Estados, y que sólo busca acumular capital y riqueza a partir de una utilización estratégica y privilegiada del dinero en sus diversas formas, es lo que se conoce en cada vez más espacios académicos de reflexión como proceso de *financiarización*¹ de la economía, que en paralelo a la *globalización*², se convirtieron en un fenómeno de carácter planetario.

1. Nota de los Editores. Configuración de las relaciones entre los ámbitos financiero y productivo a partir de la cual el primero se aparta progresivamente de su función tradicional de canalizador e intermediario entre los recursos ahorrados por unos agentes económicos y las necesidades de capital de otros, pasando a dominar y determinar el funcionamiento del ámbito productivo. Prevalencia del capital financiero y, por lo tanto, de sus intereses, formas y dinámicas económicas sobre el sistema productivo y comercial.

2. NdIE. En su acepción más económica, el fenómeno de la globalización hace referencia a las crecientes interrelaciones y a la multiplicación de redes mundiales (de producción, distribución, financiación, transporte e información, sean éstas formales o informales) entre distintos países y regiones del Planeta que conducen a la consolidación de un mercado a escala mundial, que desborda el ámbito estrictamente comercial.



Foto: SETEM

Con el estallido de la crisis, muchos nos comenzamos a hacer preguntas del tipo ¿la crisis va a suponer el fin de estos procesos de financiarización y globalización?, o ¿va a ser inminente en los países del Norte la vuelta a un capitalismo más “productivo”, como contraposición a este capitalismo financiarizado que ha estado a punto de colapsar? Hoy podemos responder negativamente a ambas preguntas, tras constatar que tales procesos avanzan a buen ritmo, por ejemplo en lo que se refiere a la deslocalización productiva y a la consiguiente escasez crónica de empleo no precarizado en los países industrializados como Europa. Se trata de pasos aparentemente irreversibles.

Porque aunque nos pueda sorprender, los países ricos y los defensores de la globalización financiera siguen afirmando pese a la crisis que la mejor forma de resolver los problemas económicos para cualquier país consiste en aplicar la libertad de intercambios de capitales y también de los bienes y servicios que constituyen el comercio internacional, lo que se traduce en seguir forzando a los países más pobres a una completa apertura de sus fronteras. Gracias a ello, los productos de los ricos pueden penetrar sin dificultades en sus mercados, mientras que, en el colmo del cinismo, los ricos protegen sus fronteras y prohíben a los pobres que hagan lo mismo. Las consecuencias

las conocemos, los ricos lo son cada vez más a costa de los pobres.

Repasemos algunos datos relevantes para entender los procesos de financiarización y globalización en los que se enmarca la liberalización del comercio internacional antes y después del estallido de la crisis:

- Según fuentes de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), 65.000 empresas transnacionales y sus 850.000 filiales controlan el 27.5% de la actividad económica global, pero sólo absorben en 0,74% de la fuerza laboral empleada. Sin embargo, acaparan dos tercios del comercio internacional³.
- Las 500 mayores megaempresas son las responsables del 25% de la producción mundial y del 70% del comercio mundial aunque sólo aportan el 1% de la población activa.
- Las cinco mayores empresas transnacionales (ETN) controlan el 50% de la industria automovilística, aeroespacial, electrónica y del acero, además del 70% de los bienes de consumo duradero⁴.

3. Tom Kruse: *Reglas de Inversión y el ALCA*. Artículo Primero, nº 13, junio 2003 Cejis. www.cejis.org/pub/revsepcaart/cejis-articulo-primero-13-nuevo-orden-alca-y-bolivia.pdf
4. Ídem

- En el año 1990 el volumen de ventas nacionales y el de las exportaciones de las filiales de las transnacionales coincidían, mientras que ya en el presente siglo las ventas nacionales duplican a las exportaciones. Es decir: las filiales de las multinacionales se están apoderando de los mercados nacionales.
- El comercio que desarrolla el conjunto de estas empresas transnacionales asciende aproximadamente a 8.000 millones de dólares anuales, un tercio del cual está constituido por el comercio entre las sociedades de una misma empresa multinacional (denominado comercio *intrafirma*) y otro por el comercio entre empresas.
- En 2008, las exportaciones mundiales de mercancías se habían multiplicado por 57 con respecto a las de 1969, mientras que el PIB mundial sólo se había multiplicado por 22. El comercio entre las tres regiones más ricas del mundo (América del Norte, Europa Occidental y el Sudeste Asiático) representa el 80% del comercio mundial y sólo la zona euro protagoniza el 39% de este comercio.

La defensa de la liberalización comercial utiliza de forma insistente un argumento no contrastado según el cual quien la practica está favoreciendo su crecimiento económico. Se trata de un argumento de fuerte carga ideológica que está muy lejos de ser universalmente aceptado en el plano estrictamente científico.

Como lo señalan numerosos especialistas en Comercio Internacional, y contrariamente a la teoría clásica que se enseña en las universidades, el auge del libre comercio coincidió en el siglo XIX con los períodos de depresión económica, de los que fue probablemente la causa, mientras

que el proteccionismo estuvo en el origen del crecimiento económico y el desarrollo de la mayor parte de los países que se consideran hoy desarrollados. La única excepción fue el Reino Unido que resultó beneficiado con la práctica del libre cambio, pero como acertadamente señala Paul Bairoch⁵, cuando el Imperio británico liberalizó el comercio en 1846, Inglaterra, como cuna de la revolución industrial, poseía un gran avance sobre el resto de los países que le siguieron en la senda del crecimiento, y sobre todo un gran poder militar y político, avance y poder que le permitieron aprovecharse del proceso. Una afirmación que Bairoch complementa con otra igualmente desmitificadora en la que asegura que la práctica del libre comercio supuso la aceleración del proceso de subdesarrollo económico para los amplios espacios del planeta que después se denominaron Tercer Mundo.

El estudio de la experiencia histórica en relación al comercio podría llevar a otra conclusión, no menos constatable en muchos casos, sobre la interrelación del proteccionismo con el crecimiento económico y del libre comercio con el estancamiento. Si bien es cierto que hay otros casos de conjunción entre liberalismo comercial y fuerte crecimiento económico, como por ejemplo el que se produjo en las potencias occidentales en el período posterior a la Segunda Guerra mundial, hay otros muchos más que apuntan a la dirección contraria. En todos los casos de liberalización comercial que favoreció el crecimiento, se trató de países que pudieron obtener beneficio de una posición aventajada en su capacidad productiva industrial. Sin embargo, es un hecho históricamente probado que el libre comercio siempre ha tenido para los países más vulnerables consecuencias abiertamente negativas en los intentos de favorecer su industrialización e impulsar su crecimiento económico.

5. Bairoch, Paul: *Mithes et paradoxes de l'histoire économique*. La découverte. París, 1995

Al margen de esta controvertida experiencia histórica, interesa resaltar algunas *grandes paradojas* que afectan al comercio internacional en la actualidad:

- Los países más empobrecidos, con graves problemas de desnutrición, son exportadores netos de alimentos.
- En estos países, se cierran empresas locales y los pequeños productores agrícolas abandonan el campo como consecuencia de la importación sin trabas de productos que ya se fabricaban en el propio país, causando paro y desarraigo social.
- Se proporcionan ayudas millonarias a hipermercados y empresas de alimentación pertenecientes a grandes cadenas internacionales de comercialización que acaban destruyendo el pequeño comercio local y sus puestos de trabajo.
- Los países más pobres reducen sus gastos sociales para subvencionar la construcción de infraestructuras que acaban utilizando las grandes compañías exportadoras y los grandes terratenientes para realizar sus exportaciones.
- Las normas comerciales internacionales vigentes ponen dificultades a que estos países regulen las condiciones en que las empresas extranjeras explotan sus recursos naturales no renovables, lo que explica que por ejemplo acaben expoliando sus pesquerías y manglares.
- El 93% del precio del café se lo quedan las empresas transnacionales y los intermediarios y sólo un 7% va a los campesinos⁶.

La crisis financiera iniciada en 2008 está demostrando que la simple apertura de fronteras a mercancías y capitales no basta, ni mucho menos, para traer prosperidad y riqueza a quienes más lo necesitan. Antes al contrario, los mercados de capitales desregulados han secado el crédito para la producción y el comercio, han sumido a los países más desarrollados en la crisis y han frenado su crecimiento económico, y con él, el comercio de bienes reales. Los países menos desarrollados, sobre todo los meros exportadores de materias primas, se han visto arrastrados a la recesión. Mientras, los países ricos han caído víctimas de sus propias reglas, y lejos de regular la libre circulación de mercancías y capitales, han forzado a sus trabajadores a competir en salarios con los países emergentes, sin preguntarse cuál será la clase media mundial con capacidad de consumir la sobreproducción mundial de mercancías, si todas están sometidas a una gran frugalidad salarial, y el endeudamiento privado está desbocado.

Se ha consumado así un poder desmesurado de los mercados financieros, que ha propiciado la desregulación y la libertad absoluta de lo que se denomina dinero financiero. Si el dinero bancario estaba bajo control del Estado, ¿quién controla ahora al dinero financiero? Nadie y por eso el sistema queda expuesto a crisis sucesivas. Porque antes de la financiarización, los Estados y los capitales productivos bajo su control tenían unos intereses comunes al buscar el desarrollo económico nacional. Pero el capital financiero actual es por naturaleza transnacional, y defiende únicamente los intereses privados de sus poseedores, utilizando masivamente para ello los mal llamados paraísos fiscales.

Sin embargo, algunas cosas sí podrían cambiar en el panorama del comercio internacional tras

6. OXFAM INTERNACIONAL: *Pobreza en tu taza*. La verdad sobre el negocio del café. Intermón, Madrid, 2002

la crisis, si se consigue avanzar hacia un sistema económico menos centrado y dirigido por el dinero y las finanzas. Porque mientras duró la euforia de los mercados financieros “autorregulados” y la crisis no hizo su dramática aparición, los economistas del FMI y el BM y otros gurús neoliberales que pontificaban sobre unos gobiernos que seguían sus recomendaciones al pie de la letra, siguieron hablando del crecimiento económico como objetivo supremo. Pero el momento ha llegado de comenzar a hablar de reparto a la vez que de crecimiento. Y los impuestos globales, como la Tasa Tobin, han dejado de constituir utopías de la izquierda política “antisistema”, inviables técnica y políticamente, para entrar en la agenda política de la UE y del G20.

Un impuesto sobre las transacciones financieras implicaría un control efectivo sobre los movimientos especulativos de capitales, y en concreto sobre las transacciones de divisas, con un doble resultado: en primer lugar, acabar o al menos frenar la tremenda especulación en los mercados financieros; y en segundo lugar, obtener recursos económicos para atacar las crecientes desigualdades que la globalización neoliberal genera. Reparto en definitiva. Sin olvidar su efecto positivo en la supuesta voluntad de los Estados en combatir la evasión fiscal y la economía sumergida que posibilita la existencia de los paraísos fiscales.

Que las cosas puedan cambiar no significa por supuesto que vayan a cambiar, pero esa posibilidad permite a las fuerzas sociales movilizadas en la transformación del sistema albergar algunas esperanzas de futuro y reforzar su convicción de que otro mundo es posible. También en el comercio internacional.

En este sentido, es de resaltar que en los últimos años algunos países emergentes están reorientando sus inversiones y producción hacia su mercado interior (China, India, Brasil), en detri-

mento del Comercio Internacional, y podría ser incluso que estas naciones tomaran el relevo en el liderazgo mundial económico en materia de comercio. El problema es que, por lo observado hasta el presente, están aplicando las mismas reglas del juego. Por ello, si queremos construir una alternativa más justa y equilibrada entre clases sociales, naciones y medio ambiente, es urgente replantearse dichas reglas del juego, incluyendo lógicamente las del comercio internacional.

La conclusión principal que se puede sacar tras la crisis es que hace falta desmontar la OMC y hacer que sea sustituida por otro organismo internacional de comercio mucho más sujeto a Naciones Unidas. Una ONU igualmente reformada en la que tenga mayor participación la ciudadanía mundial con sus organizaciones políticas, sindicales y sociales. El nuevo organismo tendrá que favorecer que se renegocien los acuerdos comerciales aprobados en el marco de la OMC, para hacerlos más respetuosos tanto con los Derechos Humanos como con el medio Ambiente. En concreto,

- Los países ricos deben ser forzados a poner fin a las restricciones no arancelarias que les permiten bloquear la entrada de productos de fuera de sus fronteras (sobre la base de consideraciones sanitarias, medioambientales y otras), y sobre todo acabar con los subsidios a la agricultura que arruinan a los campesinos de los países empobrecidos.
- Las grandes compañías farmacéuticas deben verse obligadas a poner fin al monopolio de los medicamentos más básicos para forzar a la baja los precios de mercado de los preparados farmacéuticos en el planeta, dejando vía libre a la fabricación de genéricos por los países empobrecidos, de forma que les permita proteger la salud pública en sus territorios y promover el acceso a los medicamentos a todos, sin restricciones de renta.

- Debe entenderse que el comercio internacional, así como toda la economía, están al servicio del ser humano y no al revés. Por eso, la vida, la salud y la alimentación no deberían estar regulados por las leyes del mercado sin más: hay unos mínimos vitales que hay que respetar, como son, entre otros, el acceso al agua, la seguridad alimentaria y la obtención de medicamentos vitales a precios de coste.
- Paralelamente al dismantelamiento de la OMC y sus acuerdos básicos, es urgente desarrollar y aplicar una normativa internacional que condicione y regule la firma de Tratados de Libre Comercio (TLC) cuyo propósito es justamente lograr condiciones aún más favorables a los países ricos (como EEUU o la UE) que las que podrían obtener desde las negociaciones multilaterales en el marco de la OMC.
- Frente a la ofensiva liberalizadora del comercio, es conveniente dar apoyo social a alternativas que empiezan a desarrollarse en América Latina, como es la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América y los Tratados de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), acuerdo que centra su atención en la lucha contra la pobreza, la exclusión social y los altos índices de analfabetismos al tiempo que otorga una importancia crucial a los derechos humanos, laborales y de la mujer, a la defensa del ambiente y a la integración física de los pueblos.
- No estamos hablando de acontecimientos lejanos y ajenos a nuestras vidas. Al contrario, la evolución reciente del comercio internacional las está afectando aquí y ahora. El aumento espectacular del desempleo, la precarización y deterioro de las condiciones de trabajo, el crecimiento de las migraciones Sur-Norte y las alteraciones ambientales y climáticas, son fenómenos que sufre el planeta que no son ajenos a la ofensiva de liberalización del comercio internacional.

Cambiar las reglas del juego exige incrementar la presión social y apoyar propuestas alternativas capaces de convencer a la ciudadanía mundial de que otro mundo es posible. Propuestas prácticas, concretas y viables, como por ejemplo las que viene defendiendo el movimiento por un Comercio Justo desde hace ya más de 40 años, con una insistente denuncia de las injustas reglas que rigen el comercio mundial, y una apuesta decidida por un sistema comercial internacional alternativo y equitativo, basado en la transparencia, el diálogo y el respeto entre las partes, capaz de anteponer la justicia social, la sostenibilidad medioambiental, la equidad de género, los derechos y el desarrollo humano por encima del beneficio económico. En definitiva, otra forma de comerciar que incluye prácticas financieras y económicas alternativas, como la prefinanciación, la durabilidad de las relaciones comerciales entre las distintas contrapartes o la apuesta por proyectos productivos estables con criterios sociales y medioambientales en contraposición a la volatilidad que caracteriza a las inversiones especulativas sin otro fin que la maximización del beneficio económico. Otras finanzas para otro comercio. Otro comercio para otro mundo posible.